

M. EUGENIA PIETROMARCHI O.S.B.

SANTA TERESA DE JESÚS JORNET E IBARS  
FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DE HERMANITAS DE LOS ANCIANOS DESAMPARADOS

Casa Generalicia de las Hermanitas  
C/ MADRE TERESA JORNET, 1 – VALENCIA

Con licencia eclesiástica

Cuiden con interés y esmero a los ancianos; ténganse mucha caridad y observen fielmente las Constituciones: en esto está nuestra santificación (Palabras de la Santa antes de morir)

9 de Enero de 1843. Aytona. Cataluña. Mientras las campanas de la iglesia parroquial tocan al Angelus del medio día, en la calle de Barñueta, nace a la vida una niña. Su nacimiento perturba en una pequeña unidad la estadística del pueblo; al día siguiente, con la recepción del bautismo, motivaría el mismo cambio en las estadísticas de la Iglesia y del Cielo.

La cuna se balancea rítmicamente, y junto a la cuna, el padre y la madre, los abuelos paternos y los abuelos maternos, los tíos, los primos... En un momento toda la constelación del cielo familiar se da cita junto a la recién nacida. ¿Será un astro luminoso? ¿Será un oscuro planeta? ¿Será –ni mencionarlo, Dios mío– un rápido meteorito? Toda cuna brinda con su silencio esta carga de importantes incógnitas...

Esta cuna podría responder que con el tiempo sería un astro. Pero hoy por hoy, sólo Dios lee en el futuro. Mientras tanto la gracia bautismal trabaja en el alma de la niña silenciosamente, como un fermento divino.

Pasan los días y con el correr del tiempo la vida de la familia vuelve a la normalidad de siempre; pero en el canto de aquel hogar –porque himno al Criador es toda familia cristiana– se ha añadido la voz nueva y brillante de una niña: la de Teresa, la hija primogénita de Francisco Jornet y de Antonia Ibars.

Familias serias y de auténtica fe las de Jornet y las de Ibars. Católicos a machamartillo. Agricultores laboriosos y afanados a los que su fatiga y sudor, junto con una vida austera y parsimoniosa les ha procurado una cierta holgura. El hogar abunda en afecto y en fe. La mano –¡el espíritu!– del Padre Francisco se encarga de mantener viva la llama.

El Padre Francisco Palau, hermano de la abuela materna, es hoy un candidato a los altares; su proceso de beatificación está ya en curso... Cuando nació Teresita, él era un joven Carmelita Descalzo, arrojado de su convento por la impiedad de los sectarios. Sin que ellos lo pretendieran, es más, a pesar de ellos el P. Francisco se encuentra aureolado con el resplandor del martirio. Los tiempos son tristes. La Iglesia es perseguida en España. La nación despierta todas las mañanas, en pie de guerra. El P. Palau baja a la arena del combate y alterna sus afanes apostólicos con periodos de retiro contemplativo. En la órbita de este astro de primera magnitud, su hermano el P. Juan, su hermana Rosa, una sobrina de nombre también Rosa, forman un cuerpo escogido de contemplativos y apóstoles, siempre a las órdenes de la Voluntad Divina, que se les manifiesta en los proyectos del P. Francisco. Por las venas de Teresita circula la sangre de los Palau. Y la voz de la sangre no miente.

\* \* \*

La niña crece en un ambiente de seriedad procurado por sus padres, austeros y trabajadores, como lo han sido sus antepasados. La familia, con los años, aumenta. Teresa crece y poco a poco, también ella comienza a tomar parte en el trabajo y en la responsabilidad familiar. Detrás de ella, han nacido dos hermanitas y un niño. Teresa será su ángel, con el buen ejemplo, la mano dulce que los proteja en los juegos y una lección práctica de caridad en el modo y manera como ella tiene costumbre de acoger a los pobres que llaman a la puerta pidiendo una limosna por el amor de Dios. En esta familia es tradicional la buena y generosa acogida al desamparado. Teresa se entronca en esta línea y la supera: no contenta con socorrer a los pobres que llegan al umbral del hogar, ella misma sale a la calle, busca al mendigo y lo conduce a casa.

Pero esta apacible vida de Teresita está condenada a morir en breve. Sus tíos Palau notado que la niña es de inteligencia despierta y aguda. ¿Por qué no hacerle coger los libros y seguir un curso normal de estudios? La iniciativa atrae también a los padres de Teresita. Y ésta, acompañada por su tía Rosa, pasa a Lérida.

Junto a la tía se desarrolla la piedad de la niña y adquiere ya desde entonces un sello eucarístico.

Los estudios no le resultan demasiado penosos. Es inteligente, aplicada, y por si fuera poco, no ignora que su educación comporta muchos sacrificios a sus padres y esta consideración le estimula en el esfuerzo.

Acabados los estudios en Lérida y cuando Teresita podía alegrarse con la idea de retornar a Aytona, ve que otras voluntades la mandan a Fraga, para proseguir su educación cultural. Es esta la primera vez que Teresa vive sin el calor y la protección de sus familiares. Todo es novedad: el ambiente, las experiencias, los horizontes más dilatados... Pero el camino de Teresa no padece desviaciones: hoy es

## FOTOGRAFÍA

la esforzada y tenaz estudiante de ayer, parca en palabras, sencilla, serena, servicial. Y en su mirada brilla siempre un destello de pureza inconfundible.

Durante los meses de vacaciones, vuelve a Aytona. Con alegría y sencillez, torna a sus costumbres de “mujercita de su casa” y de muchacha de pueblo. No hay en Teresa la petulancia de la niña que se envanece delante de sus compañeras, porque es más instruida. Pero aunque Teresa no lo advierte, ella es ya un astro que comienza a irradiar luz. Precisamente porque viene de la ciudad y todo el mundo sabe que estudia, todas las de su edad, comenzando por sus hermanitas, fijan los ojos en Teresa y reciben de ella orientación.

Teresa sabe sacar provecho de este ascendiente y su mano conduce a todas a la Iglesia, organiza excursiones que muchas veces acaban por convertirse en minúsculas peregrinaciones, alejando así a la juventud de otras diversiones menos sanas. Es el de Teresa un apostolado discreto, pero eficiente. En su juventud revela ya las dotes futuras de la organizadora y superiora del mañana.

\* \* \*

En Argensola, provincia de Barcelona, hay una nueva maestra. Es muy joven, se nota que es la primera escuela que se le ha encomendado. Las niñas salen ahora de la clase y el diálogo en el seno de los hogares recae necesariamente sobre la joven profesora. Las alumnas se hacen lenguas hablando de ella. Los padres de las niñas se miran satisfechos, porque han comprendido que la nueva maestra es seria y sabe cumplir muy bien con su cargo.

Esta joven maestra es Teresa Jornet e Ibars, que apenas concluidos sus estudios, decide ponerlos en ejercicio para compensar de alguna manera los muchos sacrificios a que ha sometido a sus padres. Por otra parte esto satisface sus más acariciados deseos. Se ha traído consigo a María, su hermanita, nueve años más joven que Teresa. A la vez que le hace compañía, aprenderá de la hermana mayor la lección de sus conocimientos y de su alto ejemplo.

Las gentes, como siempre, curioso sean en la vida de las dos hermanas y lo que concluyen con admiración, es que la maestra va semanalmente a confesarse al pueblo de Igualada, a pesar de que entre ida y vuelta, tiene que recorrer unos veinte kilómetros. El pueblo sabe también que la joven maestra comulga frecuentemente, que trata con amor a todas sus alumnas, que sus preferencias son para las más pobres. ¡Y en un pueblo, este puñado de virtudes es más que suficiente para colocar a la maestra a la altura de las estrellas!

¡Qué no habrían hecho las familias de Argensola para tenerla siempre allí! Pero Teresa deja correr su pensamiento a otras metas. La enseñanza no le basta. Es misión bella, santa, eficacísima, pero no acaba por llenar todas las aspiraciones de su alma. Dios la llama a la vida religiosa. Sobre este particular no cabe albergar duda alguna: lo difícil, sin embargo, es la elección. Teresa no sabe hacia dónde enderezar sus pasos.

Estando así las cosas, el P. Palau invita a Teresa a colaborar con el Instituto que él está fundando en esos momentos. Su obra está constituida por una rama masculina y una femenina. El P. Palau ha encontrado una forma equilibrada entre la regla contemplativa y la acción apostólica. Esta última se concreta en la enseñanza, principalmente, y en otras obras de caridad. El P. Palau, todo lo que puede ofrecer es abundancia de riesgos, cosa normal en todos los Institutos que surgen en tiempos de persecución. Pero este fruto gusta a la juventud y Teresa acepta en plan de prueba.

Todos están encantados con Teresa; sólo ella se siente descentrada, insatisfecha. En su interior burbujea imperiosa la exigencia de una forma de vida religiosa separada del mundo, más fuertemente caracterizada por el silencio y la oración. El Gobierno sectario mientras tanto, no hace sino asestar continuos golpes a la Obra del P. Palau.

¿Será ésta, tal vez, la respuesta divina a la incesante petición de luz que Teresa eleva hasta el trono de la Majestad de Dios?.

\* \* \*

A primeros de julio de 1868, Teresa y su hermana Josefa abandonan la casa paterna. La primera toma el camino que conduce al convento de Clarisas, en la localidad de Briviesca, en las inmediaciones de Burgos; la segunda se dirige al Asilo de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en Lérica. Dios ha fijado con predilección sus ojos sobre la casa de los Jorner y se ha elegido a las dos primeras hijas.

Eran aquellos tiempos borrascosos para todos los conventos de clausura de España. Menos mal que las Clarisas de Briviesca han sabido arreglárselas como han podido y han abierto entre los muros seculares de su convento una escuela para niñas. Castilla, por otra parte, aún se mantiene en relativa tranquilidad. Y Teresa sueña con ver apagadas sus aspiraciones en la paz de estos claustros franciscanos.

Los meses del Postulantado y del Noviciado corren veloces. El alma de Teresa se esponja con el gozo de ver ya cercano el día en que se unirá definitivamente al Señor por medio de la Santa Profesión. La comunidad se honra con la presencia de Teresa en sus filas. Las niñas de la escuela la estiman y alaban. Todo va bien. Todo avanza sin dificultades. De repente, aquel camino sin sombra se oscurece. La Revolución, desencadenada con la sublevación de Cádiz, y la huida a Francia de la familia real, en septiembre de 1868, precipitan a España en un verdadero caos. Unos continúan partidarios de la Monarquía, otros quieren para España la institución de la República. No acaban de ponerse de acuerdo. Sólo en un objetivo se dieron la mano, en perseguir a la Iglesia y, bajo el pretexto de defender la libertad de los ciudadanos, prohibir la emisión de los votos religiosos.

En Briviesca, una joven novicia clarisa está terminando de dar las últimas puntadas al velo negro que llevará en su profesión, cuando le dicen que el Gobierno no permite la emisión de votos. Pero ¿qué puede interesar al Gobierno este asunto?... Y sin embargo, es así. La novicia no puede profesar. Hay que esperar a que pase la tempestad. Pero esperar en el convento, al pie del cañón, como quien dice. Las Clarisas se alegran de esta determinación de Teresa y bien en señal de protesta, contra la inicua ley del Gobierno, bien como recompensa a la fidelidad de la novicia, aún sin profesión, le cambian el velo blanco por el negro que acaba de coser.

Dios, sin embargo, disponía las cosas de otro modo. Sus designios son indescifrables. Y Teresa, que no se ha movido ante las imposiciones de los hombres, tiene que replegarse ante la enfermedad. Le aparece un buen día en la frente una postilla rebelde a todo cuidado. Las religiosas se alarman. Los médicos dejan caer unas palabras muy tristes. Quizás aquella postilla sea de naturaleza maligna, tal vez, incluso, hasta contagiosa. Tratándose de una novicia, la voz de la prudencia aconseja alejarla del convento.

Teresa obedece. Las órdenes provienen de sus legítimos Superiores y ella jamás ha discutido un mandato del Superior. Vuelve a Aytona. Parece como si una losa de plomo le oprimiera el corazón... En Briviesca quedará el grato recuerdo y el afecto sincero. Memoria y amor que a la distancia de muchos años florecerá todavía en la expresión de las Clarisas: "Teresa era una santa".

Una vez más, su tío, el P. Francisco, trata de enfilarse a Teresa en su pequeño ejército de Terciarios y Terciarias Carmelitas. Teresa duda, siente que aquella forma de vida no responde suficientemente a sus aspiraciones. No acaba de ver con claridad qué es lo que el Señor quiere de ella. Pero antes de quedarse en su casa, decide aceptar un trabajo apostólico que le brinda el P. Francisco entre las Terciarias.

Sin comprometerse definitivamente, Teresa se pone a trabajar con ardor y con inteligencia. No sabe hacer las cosas a medias. El P. Palau la nombra Visitadora de las escuelas que él va abriendo en la península y en las islas Baleares. Es un cargo de confianza que presupone mucha prudencia y tacto; el P. Francisco conoce muy bien lo que de sí puede dar Teresa y por eso declina en ella toda la responsabilidad de sus centros de enseñanza. Años de bregar ininterrumpido, de graves obligaciones, de peligros a la vuelta de todos los caminos. La paz de España no acaba de asentarse y cualquier pretexto, por pequeño que sea, se da por bueno para sembrar hostilidad contra la Iglesia. Y en medio de tanta dificultad, cuando más necesaria era la presencia y el aliento del Fundador, Dios señala el fin de la vida del P. Palau. Estamos a 20 de marzo de 1872. El P. Francisco ha muerto a la edad de 61 años. Se ha ido de la tierra cuando su Obra apenas si está esbozada.

\* \* \*

Hacia el mes de abril Teresa está nuevamente entre los de su casa; pero espiritualmente se encuentra sumida en la mayor soledad e incertidumbre frente al futuro. "Señor, ¿qué queréis que haga?", El deseo de trabajar en la Obra de Dios le ensancha el alma, pero a esa mayor entrega a los intereses divinos, se sigue una más impenetrable cerrazón sobre el modo concreto como Dios quiere ser servido por ella. Para los que la tratan Teresa es una criatura de cristal, de luz, de paz. Su actividad es siempre

ordenada, precisa, serena. Nada trasciende al exterior de las luchas en que se debate su espíritu. Su alma se revela únicamente a Dios y únicamente del Todopoderoso espera la ayuda.

Y ésta llegará. Pero en la hora fijada por el Señor. Vendrá sellada con el carácter de las obras de la gracia: será una claridad repentina, impensada, eficaz. Los hilos del drama están ya tejidos. Y Dios, que tiene en sus manos los cabos de todas las existencias, no tendrá sino que ir trenzando el paso de los diversos personajes.

\* \* \*

La niña crece en un ambiente de seriedad procurado por sus padres, austeros y trabajadores, como lo han sido sus antepasados. La familia, con los años, aumenta. Teresa crece y poco a poco, también ella comienza a tomar parte en el trabajo y en la responsabilidad familiar. Detrás de ella, han nacido dos hermanitas y un niño. Teresa será su ángel, con el buen ejemplo, la mano dulce que los proteja en los juegos y una lección práctica de caridad en el modo y manera como ella tiene costumbre de acoger a los pobres que llaman a la puerta pidiendo una limosna por el amor de Dios. En esta familia es tradicional la buena y generosa acogida al desamparado. Teresa se entronca en esta línea y la supera: no contenta con socorrer a los pobres que llegan al umbral del hogar, ella misma sale a la calle, busca al mendigo y lo conduce a casa.

Pero esta apacible vida de Teresita está condenada a morir en breve. Sus tíos Palau notado que la niña es de inteligencia despierta y aguda. ¿Por qué no hacerle coger los libros y seguir un curso normal de estudios? La iniciativa atrae también a los padres de Teresita. Y ésta, acompañada por su tía Rosa, pasa a Lérida.

Junto a la tía se desarrolla la piedad de la niña y adquiere ya desde entonces un sello eucarístico.

Los estudios no le resultan demasiado penosos. Es inteligente, aplicada, y por si fuera poco, no ignora que su educación comporta muchos sacrificios a sus padres y esta consideración le estimula en el esfuerzo.

Acabados los estudios en Lérida y cuando Teresita podía alegrarse con la idea de retornar a Aytona, ve que otras voluntades la mandan a Fraga, para proseguir su educación cultural. Es esta la primera vez que Teresa vive sin el calor y la protección de sus familiares. Todo es novedad: el ambiente, las experiencias, los horizontes más dilatados... Pero el camino de Teresa no padece desviaciones: hoy es

## FOTOGRAFÍA

la esforzada y tenaz estudiante de ayer, parca en palabras, sencilla, serena, servicial. Y en su mirada brilla siempre un destello de pureza inconfundible.

Durante los meses de vacaciones, vuelve a Aytona. Con alegría y sencillez, torna a sus costumbres de "mujercita de su casa" y de muchacha de pueblo. No hay en Teresa la petulancia de la niña que se envanece delante de sus compañeras, porque es más instruida. Pero aunque Teresa no lo advierte, ella es ya un astro que comienza a irradiar luz. Precisamente porque viene de la ciudad y todo el mundo sabe que estudia, todas las de su edad, comenzando por sus hermanitas, fijan los ojos en Teresa y reciben de ella orientación.

Teresa sabe sacar provecho de este ascendiente y su mano conduce a todas a la Iglesia, organiza excursiones que muchas veces acaban por convertirse en minúsculas peregrinaciones, alejando así a la juventud de otras diversiones menos sanas. Es el de Teresa un apostolado discreto, pero eficiente. En su juventud revela ya las dotes futuras de la organizadora y superiora del mañana.

En Argensola, provincia de Barcelona, hay una nueva maestra. Es muy joven, se nota que es la primera escuela que se le ha encomendado. Las niñas salen ahora de la clase y el diálogo en el seno de los hogares recae necesariamente sobre la joven profesora. Las alumnas se hacen lenguas hablando de ella. Los padres de las niñas se miran satisfechos, porque han comprendido que la nueva maestra es seria y sabe cumplir muy bien con su cargo.

Esta joven maestra es Teresa Jornet e Ibars, que apenas concluidos sus estudios, decide ponerlos en ejercicio para compensar de alguna manera los muchos sacrificios a que ha sometido a sus padres. Por otra parte esto satisface sus más acariciados deseos. Se ha traído consigo a María, su hermanita, nueve años más joven que Teresa. A la vez que le hace compañía, aprenderá de la hermana mayor la lección de sus conocimientos y de su alto ejemplo.

Las gentes, como siempre, curiosean en la vida de las dos hermanas y lo que concluyen con admiración, es que la maestra va semanalmente a confesarse al pueblo de Igualada, a pesar de que entre ida y vuelta, tiene que recorrer unos veinte kilómetros. El pueblo sabe también que la joven maestra comulga frecuentemente, que trata con amor a todas sus alumnas, que sus preferencias son para las más pobres. ¡Y en un pueblo, este puñado de virtudes es más que suficiente para colocar a la maestra a la altura de las estrellas!

¡Qué no habrían hecho las familias de Argensola para tenerla siempre allí! Pero Teresa deja correr su pensamiento a otras metas. La enseñanza no le basta. Es misión bella, santa, eficacísima, pero no acaba por llenar todas las aspiraciones de su alma. Dios la llama a la vida religiosa. Sobre este particular no cabe albergar duda alguna: lo difícil, sin embargo, es la elección. Teresa no sabe hacia dónde enderezar sus pasos.

Estando así las cosas, el P. Palau invita a Teresa a colaborar con el Instituto que él está fundando en esos momentos. Su obra está constituida por una rama masculina y una femenina. El P. Palau ha encontrado una forma equilibrada entre la regla contemplativa y la acción apostólica. Esta última se concreta en la enseñanza, principalmente, y en otras obras de caridad. El P. Palau, todo lo que puede ofrecer es abundancia de riesgos, cosa normal en todos los Institutos que surgen en tiempos de persecución. Pero este fruto gusta a la juventud y Teresa acepta en plan de prueba.

Todos están encantados con Teresa; sólo ella se siente descentrada, insatisfecha. En su interior burbujea imperiosa la exigencia de una forma de vida religiosa separada del mundo, más fuertemente caracterizada por el silencio y la oración. El Gobierno sectario mientras tanto, no hace sino asestar continuos golpes a la Obra del P. Palau.

¿Será ésta, tal vez, la respuesta divina a la incesante petición de luz que Teresa eleva hasta el trono de la Majestad de Dios?.

A primeros de julio de 1868, Teresa y su hermana Josefa abandonan la casa paterna. La primera toma el camino que conduce al convento de Clarisas, en la localidad de Briviesca, en las inmediaciones de Burgos; la segunda se dirige al Asilo de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, en Lérida. Dios ha fijado con predilección sus ojos sobre la casa de los Jornet y se ha elegido a las dos primeras hijas.

Eran aquellos tiempos borrascosos para todos los conventos de clausura de España. Menos mal que las Clarisas de Briviesca han sabido arreglárselas como han podido y han abierto entre los muros seculares de su convento una escuela para niñas. Castilla, por otra parte, aún se mantiene en relativa tranquilidad. Y Teresa sueña con ver apagadas sus aspiraciones en la paz de estos claustros franciscanos.

Los meses del Postulantado y del Noviciado corren veloces. El alma de Teresa se esponja con el gozo de ver ya cercano el día en que se unirá definitivamente al Señor por medio de la Santa Profesión. La comunidad se honra con la presencia de Teresa en sus filas. Las niñas de la escuela la estiman y alaban. Todo va bien. Todo avanza sin dificultades. De repente, aquel camino sin sombra se oscurece. La Revolución, desencadenada con la sublevación de Cádiz, y la huida a Francia de la familia real, en septiembre de 1868, precipitan a España en un verdadero caos. Unos continúan partidarios de la Monarquía, otros quieren para España la institución de la República. No acaban de ponerse de acuerdo. Sólo en un objetivo se dieron la mano, en perseguir a la Iglesia y, bajo el pretexto de defender la libertad de los ciudadanos, prohibir la emisión de los votos religiosos.

En Briviesca, una joven novicia clarisa está terminando de dar las últimas puntadas al velo negro que llevará en su profesión, cuando le dicen que el Gobierno no permite la emisión de votos. Pero ¿qué puede interesar al Gobierno este asunto?... Y sin embargo, es así. La novicia no puede profesar. Hay que esperar a que pase la tempestad. Pero esperar en el convento, al pie del cañón, como quien dice. Las Clarisas se alegran de esta determinación de Teresa y bien en señal de protesta, contra la inicua ley del Gobierno, bien como recompensa a la fidelidad de la novicia, aún sin profesión, le cambian el velo blanco por el negro que acaba de coser.

Dios, sin embargo, disponía las cosas de otro modo. Sus designios son indescifrables. Y Teresa, que no se ha movido ante las imposiciones de los hombres, tiene que replegarse ante la enfermedad. Le aparece un buen día en la frente una postilla rebelde a todo cuidado. Las religiosas se alarman. Los médicos dejan caer unas palabras muy tristes. Quizás aquella postilla sea de naturaleza maligna, tal vez, incluso, hasta contagiosa. Tratándose de una novicia, la voz de la prudencia aconseja alejarla del convento.

Teresa obedece. Las órdenes provienen de sus legítimos Superiores y ella jamás ha discutido un mandato del Superior. Vuelve a Aytona. Parece como si una losa de plomo le oprimiera el corazón... En Briviesca quedará el grato recuerdo y el afecto sincero. Memoria y amor que a la distancia de muchos años florecerá todavía en la expresión de las Clarisas: "Teresa era una santa".

Una vez más, su tío, el P. Francisco, trata de enfilear a Teresa en su pequeño ejército de Terciarios y Terciarias Carmelitas. Teresa duda, siente que aquella forma de vida no responde suficientemente a sus aspiraciones. No acaba de ver con claridad qué es lo que el Señor quiere de ella. Pero antes de quedarse en su casa, decide aceptar un trabajo apostólico que le brinda el P. Francisco entre las Terciarias.

Sin comprometerse definitivamente, Teresa se pone a trabajar con ardor y con inteligencia. No sabe hacer las cosas a medias. El P. Palau la nombra Visitadora de las escuelas que él va abriendo en la península y en las islas Baleares. Es un cargo de confianza que presupone mucha prudencia y tacto; el P. Francisco conoce muy bien lo que de sí puede dar Teresa y por eso declina en ella toda la responsabilidad

de sus centros de enseñanza. Años de bregar ininterrumpido, de graves obligaciones, de peligros a la vuelta de todos los caminos. La paz de España no acaba de asentarse y cualquier pretexto, por pequeño que sea, se da por bueno para sembrar hostilidad contra la Iglesia. Y en medio de tanta dificultad, cuando más necesaria era la presencia y el aliento del Fundador, Dios señala el fin de la vida del P. Palau. Estamos a 20 de marzo de 1872. El P. Francisco ha muerto a la edad de 61 años. Se ha ido de la tierra cuando su Obra apenas si está esbozada.

Hacia el mes de abril Teresa está nuevamente entre los de su casa; pero espiritualmente se encuentra sumida en la mayor soledad e incertidumbre frente al futuro. “Señor, ¿qué queréis que haga?”, El deseo de trabajar en la Obra de Dios le ensancha el alma, pero a esa mayor entrega a los intereses divinos, se sigue una más impenetrable cerrazón sobre el modo concreto como Dios quiere ser servido por ella. Para los que la tratan Teresa es una criatura de cristal, de luz, de paz. Su actividad es siempre ordenada, precisa, serena. Nada trasciende al exterior de las luchas en que se debate su espíritu. Su alma se revela únicamente a Dios y únicamente del Todopoderoso espera la ayuda.

Y ésta llegará. Pero en la hora fijada por el Señor. Vendrá sellada con el carácter de las obras de la gracia: será una claridad repentina, impensada, eficaz. Los hilos del drama están ya tejidos. Y Dios, que tiene en sus manos los cabos de todas las existencias, no tendrá sino que ir trenzando el paso de los diversos personajes.

Un grupo de sacerdotes de Huesca y de Barbastro, presididos por el Maestro de Capilla de la Catedral de Huesca, Don Saturnino López Novoa, está echando las bases de un Instituto Femenino que se consagre exclusivamente a la asistencia de los Pobres ancianos abandonados. La idea, a decir verdad, no es original. En Francia, tierra de largas iniciativas, funciona ya desde hace varios años, una Institución con este objetivo; pero Don Saturnino –que ha entrado en relación con esta Obra- está convencido de que, para los ancianitos de su tierra, darán un resultado más próspero Hermanas española, y como por el momento no existen, no queda más remedio que decidirse a fundarlas.

Sus amigos acogen entusiasmados el proyecto. Ningún momento más propicio que aquél, precisamente por estar lleno de dificultades, para crear una institución de ese género. La crisis espiritual y material en que se debate España, acumula mal sobre mal. El sentimiento religioso se agosta. Decae la caridad para con el prójimo y aún los vínculos del amor filial parecen relajarse. Ansía tanto todo el mundo su libertad, que hasta parece un yugo insoportable el tener que atender a los ancianos. ¿Para qué valen? Son un estorbo, un fardo inútil. En nombre de la libertad conviene... ¡quedarse libres de ellos!

Por eso es éste el momento oportuno para dar vida a una Institución de caridad, que haga patentes a todos que la Iglesia, la Santa Madre Iglesia, no olvida jamás a sus hijos, y mucho menos a los hijos abandonados.

Don Saturnino entrega a la Obra todo cuanto es y cuanto tiene. Pero ha que buscar las obreras de Dios. Cada uno de sus amigos se empeñará a dar con alguna alma buena que desee consagrarse a la Obra. Está a punto de nacer una nueva organización religiosa en la Iglesia, consagrada al bien de la humanidad.  
Con licencia eclesiástica

Cuiden con interés y esmero a los ancianos; ténganse mucha caridad y observen fielmente las Constituciones: en esto está nuestra santificación (Palabras de la Santa antes de morir)

9 de Enero de 1843. Aytona. Cataluña. Mientras las campanas de la iglesia parroquial tocan al Angelus del medio día, en la calle de Barñueta, nace a la vida una niña. Su nacimiento perturba en una pequeña unidad la estadística del pueblo; al día siguiente, con la recepción del bautismo, motivaría el mismo cambio en las estadísticas de la Iglesia y del Cielo.

La cuna se balancea rítmicamente, y junto a la cuna, el padre y la madre, los abuelos paternos y los abuelos maternos, los tíos, los primos... En un momento toda la constelación del cielo familiar se da cita junto a la recién nacida. ¿Será un astro luminoso? ¿Será un oscuro planeta? ¿Será –ni mencionarlo, Dios mío– un rápido meteorito? Toda cuna brinda con su silencio esta carga de importantes incógnitas...

Esta cuna podría responder que con el tiempo sería un astro. Pero hoy por hoy, sólo Dios lee en el futuro. Mientras tanto la gracia bautismal trabaja en el alma de la niña silenciosamente, como un fermento divino.

Pasan los días y con el correr del tiempo la vida de la familia vuelve a la normalidad de siempre; pero en el canto de aquel hogar –porque himno al Criador es toda familia cristiana- se ha añadido la voz nueva y brillante de una niña: la de Teresa, la hija primogénita de Francisco Jornet y de Antonia Ibars.

Familias serias y de auténtica fe las de Jornet y las de Ibars. Católicos a machamartillo. Agricultores laboriosos y afanados a los que su fatiga y sudor, junto con una vida austera y parsimoniosa

les ha procurado una cierta holgura. El hogar abunda en afecto y en fe. La mano -¡el espíritu!- del Padre Francisco se encarga de mantener viva la llama.

El Padre Francisco Palau, hermano de la abuela materna, es hoy un candidato a los altares; su proceso de beatificación está ya en curso... Cuando nació Teresita, él era un joven Carmelita Descalzo, arrojado de su convento por la impiedad de los sectarios. Sin que ellos lo pretendieran, es más, a pesar de ellos el P. Francisco se encuentra aureolado con el resplandor del martirio. Los tiempos son tristes. La Iglesia es perseguida en España. La nación despierta todas las mañanas, en pie de guerra. El P. Palau baja a la arena del combate y alterna sus afanes apostólicos con periodos de retiro contemplativo. En la órbita de este astro de primera magnitud, su hermano el P. Juan, su hermana Rosa, una sobrina de nombre también Rosa, forman un cuerpo escogido de contemplativos y apóstoles, siempre a las órdenes de la Voluntad Divina, que se les manifiesta en los proyectos del P. Francisco. Por las venas de Teresita circula la sangre de los Palau. Y la voz de la sangre no miente.

Un grupo de sacerdotes de Huesca y de Barbastro, presididos por el Maestro de Capilla de la Catedral de Huesca, Don Saturnino López Novoa, está echando las bases de un Instituto Femenino que se consagre exclusivamente a la asistencia de los Pobres ancianos abandonados. La idea, a decir verdad, no es original. En Francia, tierra de largas iniciativas, funciona ya desde hace varios años, una Institución con este objetivo; pero Don Saturnino -que ha entrado en relación con esta Obra- está convencido de que, para los ancianitos de su tierra, darán un resultado más próspero Hermanas española, y como por el momento no existen, no queda más remedio que decidirse a fundarlas.

Sus amigos acogen entusiasmados el proyecto. Ningún momento más propicio que aquél, precisamente por estar lleno de dificultades, para crear una institución de ese género. La crisis espiritual y material en que se debate España, acumula mal sobre mal. El sentimiento religioso se agosta. Decae la caridad para con el prójimo y aún los vínculos del amor filial parecen relajarse. Ansía tanto todo el mundo su libertad, que hasta parece un yugo insoportable el tener que atender a los ancianos. ¿Para qué valen? Son un estorbo, un fardo inútil. En nombre de la libertad conviene... ¡quedarse libres de ellos!

Por eso es éste el momento oportuno para dar vida a una Institución de caridad, que haga patentes a todos que la Iglesia, la Santa Madre Iglesia, no olvida jamás a sus hijos, y mucho menos a los hijos abandonados.

Don Saturnino entrega a la Obra todo cuanto es y cuanto tiene. Pero ha que buscar las obreras de Dios. Cada uno de sus amigos se empeñará a dar con alguna alma buena que desee consagrarse a la Obra. Está a punto de nacer una nueva organización religiosa en la Iglesia, consagrada al bien de la humanidad.

\* \* \*

Junio de 1872. Teresa va a Barbastro en un viaje de paso. Lo hace en compañía de su madre, un tanto delicada. Por fortuna se encuentra con un sacerdote de la localidad, amigo del difunto P. Palau y se ponen a hablar del inolvidable apóstol. Dicho sacerdote tiene un nombre que conviene recordar: Don Pedro Llácera. Y junto al nombre un calificativo: amigo de Don Saturnino y entusiasta de los proyectos que éste acaricia.

Durante la charla, Don Pedro examina atentamente a Teresa. Recibe de ella una impresión óptima, le hace alguna pregunta intencionada, intuye por la respuesta que los deseos de la joven son consagrarse a Dios en la vida religiosa y, sin más, rompe a hablar sobre cuanto está urdiendo el grupo sacerdotal de Don Saturnino. ¿Dedicarse a los ancianos abandonados? Este programa es luz, todo luz para Teresa. Se acabaron las tinieblas interiores. Caen rotas las dudas e incertidumbres sobre la vocación a la que Dios la llama.

Teresa acepta el plan que le propone Don Pedro. Pero todavía ignora la parte que Dios quiere que le corresponda en el naciente Instituto. Don Pedro ve más allá de lo que abarca la mirada de Teresa y sabe que acaba de encontrar algo más que una colaboradora. Por eso insiste en que Teresa pase a Huesca y se ponga en relación directa con el Fundador, Don Saturnino.

Era todo lo que Teresa podía ambicionar en este momento. La inteligencia entre los dos es completa. Por el momento, sin embargo, vuelve a su hogar. Hay un compás de espera. Para los primeros días de octubre se ha fijado el comienzo de la nueva obra.

Todo es ahora fácil. Sin dudas, sin incertidumbres, sin oscuridades en el alma. Dios trabaja sin obstáculos y su mano esta trazando el boceto de la Institución naciente.

\* \* \*

Teresa ha vuelto a Aytona con las campanas del corazón a pleno vuelo. Es imposible que su repique no se deje oír. Lo mismo que el apóstol Felipe corrió a comunicar a su amigo Natanael la gran

noticia: “Hemos encontrado al Mesías”, así Teresa se apresura a comunicar a María su hermana y confidente, que por fin ha encontrado lo que hacía tanto tiempo venía buscando y le invita a unirse a ella en la asistencia a los ancianos. Pero María se siente en plena juventud, le sonríe la vida. Y rompe a reír: “Déjame, déjame... ¿Yo, dedicarme a los ancianos?... Imposible. Parece lógica esta respuesta en una joven de su edad y circunstancias: tiene 18 años, es alegre, todo corazón. ¿Cómo podía ni ocurrírsele el convertirse en enfermera de ancianos? Y lo curioso del caso es que Teresa sabe lo que dice y lo que se propone. Su mirada es certera. No se equivocará. Al fin, María irá con Teresa y con ellas irá también Mercedes Calzada, paisana y amiga de las dos. Su salud es delicada, pero su bondad y su devoción compensan con creces esta deficiencia.

Desde hoy serán una sola en la caridad y ayuda a los ancianos abandonados.

\* \* \*

En Barbastro, y no en Huesca, abrirá Don Saturnino la primera casa. Allí había ejercido durante largos años su ministerio sacerdotal. Además Barbastro es una localidad más reducida, más tranquila, más propia para unos comienzos que corren el riesgo de fracasar y por tanto el peligro de dejar al descubierto, a los ojos de los mal intencionados, el fallo de una Institución de la Iglesia. No hay que olvidar los aires antirreligiosos que corren por España.

La sede elegida se llama “Pueyo”. Se trata de un antiguo edificio, un tanto viejo y en condiciones no muy honrosas, pero que ofrece muchas ventajas para la nueva finalidad. Vienen a habitar al Pueyo doce jóvenes de las cercanías, todas entre los 18 y los 30 años. Abundan en entusiasmos y buena voluntad. Carecen de riquezas materiales. Se comprende, pues, que la vida en el Pueyo discurra por cauces de pobreza y humildad. Pero ¿no es éste el venturoso comienzo de las obras de Dios?

Entre las doce se encuentran Teresa y sus dos conquistas. Del 4 al 12 de octubre se llena la casa. Han adquirido de prestado algunos muebles indispensables. Se inicia la vida común. ¿Quién conducirá adelante esa incipiente comunidad?.

Nadie sino Teresa podía ser la cabeza de aquel grupo. Desde que la conocieron, tanto Don Saturnino como Don Pedro y todos los demás colaboradores, estaban seguros de que era la persona indicada. Teresa era la Superiora nata de aquella Comunidad. Sin embargo, sus pensamientos –los de Teresa- discurrían muy ajenos a esta opinión. Así lo dijo, y así lo manifestó reiteradamente y por toda respuesta obtuvo la contestación de que en la vida religiosa lo que importa es obedecer y Teresa, doblegándose a lo que se le ordenaba, calla y calla para siempre.

Superiora permanecerá Teresa hasta la muerte. Serán veinticinco años de gobierno. Ha sido Dios, no los hombres, quien ha fijado la elección.

Sólo que hay una grave dificultad en esto. Superiora es un nombre que se nos antoja demasiado burocrático al referirlo a Teresa. No le va bien. Por eso, desde ahora en adelante, Teresa será la Madre Teresa. Más exacto aún, la Madre, así, sin más, por antonomasia. Porque su misión será una misión plenamente maternal. La Obra está aún en embrión, apenas esbozada; es necesario hacerla venir a la luz comenzando por convertir aquellas jóvenes –que hoy por hoy sólo saben reír y cantar tonadillas devotas al Niño Jesús- en verdaderas y auténticas religiosas, ricas de caridad, fuertes ante el sacrificio, poderosas frente al dolor y la muerte. La misión a la que van a dedicarse es mucho más trabajosa y dura de cuanto ellas puedan ahora imaginar.

La asistencia a los ancianos, a la clase de ancianos que ellas se proponen acoger, no es cosa que se improvise. Exige una preparación adecuada, técnica y espiritualmente. Y esta enseñanza sólo la puede dar la Madre.

Además, para los pobres ancianos que vengan a terminar su jornada terrena en las casas del Instituto, es necesario un corazón de Madre que les acoja, pues la vejez es una segunda infancia y lo que el niño precisa es el afecto maternal.

A la luz de este momento histórico se comprende el porqué de los pasos de los pasos precedentes. Hoy nos explicamos muy bien porqué Dios condujo a Teresa por aquel camino que parecía un laberinto y un callejón sin salida. Hoy sabemos la razón de porqué la Providencia dirigió los pasos de Teresa, primero a Argensola, luego a Briviesca, más tarde con la Terciarias Carmelitas... Parecía tiempo perdido. Sin embargo, era el tiempo de aprendizaje. Teresa experimenta en esos años lo que es la vida religiosa. De este modo será capaz de formar a su vez a sus compañeras. Y conoce lo que es mundo. Sufre oscuridad, dudas, abandono, incertidumbre, soledad del corazón... Sin este largo vía crucis, quizá no hubiera estado preparada para saber comprender a los ancianos y prestarles su ayuda y amparo.

\* \* \*

Por temperamento y por educación Teresa tenía un acertado sentido de la responsabilidad. Era seria. Pero la característica que la Madre imprime a su familia religiosa es una amable sencillez, una humildad serena y espontánea, una caridad penetrada totalmente de espíritu de sacrificio. Amar no es solo dar, es darse; y darse sin parar mientes en lo que se sacrifica, sin decírselo ni siquiera a uno mismo.

Así amaba la Madre. A su imitación aprenderán a amar también así las Hermanitas. Su entrega será total y sencillísima.

Su nombre primero es el de “Hermanitas de los pobres desamparados”. Sólo en una segunda etapa y para evitar equivocaciones con el Instituto francés del mismo nombre, se llamarán como actualmente se denominan “Hermanitas de los Ancianos Desamparados”. ¡Hermanitas” No Madres, sino “Hermanitas”, porque ellas se colocan en el último peldaño de la escala familiar, como el último de los hijos de una familia, dispuestas siempre a cumplir los deseos de los hermanos mayores, los ancianos.

Con el nombre, el hábito. ¡Con qué ilusión esperaba aquel Colegio Apostólico en miniatura la imposición del Santo Hábito!. Correspondía a Teresa el idearlo, y lo quiso sencillo, austero, práctico, como convenía al género de vida a que iban a consagrarse.

El 27 de enero de 1873, Barbastro se viste de fiesta. Se va a proceder a la vestición de las “Hermanitas”. Toda la población se dio cita en la Capilla del Seminario Conciliar. A falta de una iglesia propia, las Hermanitas, recibirían el Santo Hábito en la Iglesia de los Seminaristas. La ceremonia resultó solemnísimas.

Como los tiempos eran malos, algunos –y entre estos algunos se contaban nada menos que Don Pedro y hasta quizá el mismo Don Saturnino- aconsejaban a las “Hermanitas” que vistieran el hábito únicamente en el interior del Pueyo, mientras que para salir a la calle, se pusieran nuevamente los vestidos de seglares. Era la voz de la prudencia, pero el espíritu de las novicias se resistía a escucharla. ¿Deponer el Santo Hábito?. Y ¿por qué? ¿por temor?. A las nuevas novicias no les satisfacía la razón. Ellas hubieran pagado hasta con la sangre la gloria y el honor de no dejar jamás su Santo Hábito. Respetuosas, pero manifestando sinceramente sus deseos, pidieron la facultad de vestirlo siempre y, por fin, la obtuvieron. Las gentes comenzaron a conocerlas y no hubo lugar a vejación ni a desprecio alguno. Por el contrario, era tanto el honor y las atenciones que les dispensaban, que las Hermanitas volvían confusas de su paso por las calles.

\* \* \*

Pero no habían de quedarse en Barbastro. El reloj de Dios señala una nueva hora. Mirando al porvenir del Instituto, Don Saturnino soñaba con trasladar la Casa-Madre a una ciudad más importante.

Y... lo que son las cosas de Dios. En estos mismos días, en Valencia, un grupo de católicos reunidos en una Asociación propone combatir el mal con una obra de caridad. Entre sus muchas iniciativas cuaja un buen día el proyecto de ocuparse cristianamente de los pobres ancianos abandonados.

Dicho proyecto presupone unas religiosas a cuyas atenciones se encomiende el cuidado de los ancianos asilados. Con este motivo, aquellos esforzados católicos valencianos se ponen en contacto con el Instituto francés de las Hermanitas de los Pobres. Pronto se llega a un acuerdo; pero, de repente, cuando todo parecía ya tratado y ultimado, una carta llega a Valencia y con ella la infausta noticia de que la Congregación francesa se ve precisada a abandonar sus proyectos de fundación en la ciudad del Turia.

Es inútil preguntar el porqué de todo esto. Otros son los planes de Dios, y basta.

Dios mismo, por caminos impensados, pone a los miembros de la Asociación de Valencia en relación con Don Saturnino. Cuando éstos se enteran de que existe una Institución española –aunque todavía incipiente-, cuya finalidad precisamente, es la atención a los ancianos desamparados, la acogen con entusiasmo.

Se unifican los proyectos y se llega a un acuerdo mutuo. Las Hermanitas se trasladarán a Valencia, la ciudad todo vida, todo sol, todo mar. Será el punto de partida para legiones de Hermanitas, cuyo destino será poner una sonrisa en medio del dolor de los abandonados, un rayo de esperanza en la soledad de los pobres, un mucho de amor en la tristeza de los ancianos.

¡Adiós Barbastro, adiós Pueyo, adiós cuna del Instituto!. Las Hermanitas se alejan, pero no te olvidarán jamás. Vivirás en su recuerdo, aureolado de leyendas y acunado entre dulzuras como viven en nuestro corazón los lugares donde transcurrimos los años de nuestra infancia, y apenas les sea posible, las Hermanitas volverán a ti, y vendrán no sólo para dar vida a tus ancianos, sino para ofrendarte su propia vida: tus campos, en los que un día creció la pequeña planta de su Instituto, serán bañados con su sangre..

\* \* \*

Valencia, Plaza de la Almoyna, número 4. Esta dirección es importante. Ella fija la posición de una casa pequeña, sin terrazas, sin patio, sin jardín. Una casa reclinada como un niño o como un pobre a

la sombra del gran Santuario de la Stma. Virgen de los Desamparados. Esta es la dirección de las Hermanitas en Valencia. Humilde y pobre el edificio, ¿no era lo más indicado para ellas, pobres y humildes también?. Pero lo que cuenta sobre toda riqueza es que la casa está vigilada de cerca por la Virgen de los Desamparados, bajo cuya advocación desarrollan las Hermanitas su obra de caridad con los ancianos. Nadie duda, -y mucho menos que nadie la Madre Teresa- que la misma Santísima Virgen es la que les ha llamado a Valencia. Por esto, de ahora en adelante, la Virgen de los Desamparados será la celestial Patrona del Instituto y todas las casas de las Hermanitas estarán siempre presididas por la mirada cariñosa de la Madre de los Desamparados.

Pero no precipitemos los acontecimientos. Por el momento las Hermanitas están únicamente en Valencia. Han llegado a la ciudad el 8 de mayo. Es la víspera de la fiesta de la Virgen y toda la Ciudad se ha puesto en conmoción con la llegada de las Hermanitas.

Dos días después, -fecha que no hay que olvidar- el Instituto acoge a la primera anciana. Una parálitica de 99 años. Se comienza bien...

Continúan siendo 12. La Madre sonrío y organiza la vida de esta pequeña familia. Don Saturnino, Don Pedro, los demás sacerdotes que les han ayudado en los comienzos, están ahora lejos. En Valencia podrán contar con la paternal protección del Arzobispo, Don Mariano Barrio, más tarde cardenal, y con la ayuda incondicional del Secretario de S.E. Don Francisco García López, luego Obispo; aunque para las Hermanitas será siempre el Padre Francisco, considerado como Co-Fundador del Instituto.

Pero esto pertenece al futuro. Cuando llegan a Valencia la Madre se encuentra prácticamente sola. De este modo se ponen en evidencia más y mejor sus excepcionales virtudes de organizadora. De ella recibirá el Instituto y cada una de las Hermanitas la impronta que caracteriza en el mundo a la Obra y las Hermanitas de los Ancianos Desamparados.

\* \* \*

Su actividad es intensa, pero ordenada y serena. La Madre Teresa manifiesta una inteligencia iluminada, precisa, y una voluntad tenaz en el esfuerzo, y siempre dueña de sí misma. Dotes humanas estas, que la gracia sobrenaturaliza y potencia aún más. Vive bajo la mirada de Dios, siempre escuchando la voz divina, pronta a cumplir en todo momento la voluntad del Señor. Nada ni nadie será capaz de detener el paso de la Madre, la quiere Dios. La Madre Teresa lleva adelante, firmemente, esta su inflexibilidad y, sin embargo, su vida no conoce durezas ni asperezas. A imitación de Cristo, sabe entranar de suavidad el yugo del deber, aunque sin aminorar un ápice las exigencias de éste. Dulcifica la vida religiosa de las Hermanitas, pero no quita lo más mínimo a la exigencia de una vida consagrada a Dios por medio de la pobreza, de la castidad y de la obediencia.

Y es que la Madre logra y alcanza que sus hijas se convengan por la verdad de los hechos de que la vida religiosa exige, más que sacrificio y renuncia, una liberación de los espíritus y de las almas. Ella, la Madre, les da la mano, para adentrarse en este camino, y las Hermanitas caminan sonrientes y felices. Por eso, lo mismo en Valencia que en Barbastro, la característica de aquella comunidad es la alegría, un gozo que se comunica incluso a los mismos ancianitos acogidos. Estos, al cabo de un mes son ya once. Poco después llegan a 19.

\* \* \*

De nuevo España está en guerra; esta vez se sublevan las regiones en petición de independencia.

Valencia se declara en rebeldía contra el Gobierno de Madrid. La ciudad se ve poco después asediada y bombardeada. La gente huye, las Hermanitas permanecen junto a sus ancianos. Sólo cuando en la ciudad ya no queda nadie, y al peligro de las bombardas se añade la amenaza de morir de hambre -las Hermanitas viven de la caridad cristiana-, deciden refugiarse en Alboraya. Cinco carros desvencijados, escoltados por voluntarios armados, transportan a los ancianos, que son ya 20 y a las doce Hermanitas. Triste cortejo de la miseria y de la caridad a un tiempo.

Luego vuelve a florecer la paz en la fecunda huerta valenciana. Alegres y felices recorren nuevamente el camino hecho antes entre lágrimas y lloros. Esta prueba ha soldado la unión entre los ancianos y las Hermanitas y éstas, en la fidelidad al deber y en el sacrificio, se han madurado para más elevadas empresas.

Pero las pruebas son el pan de las Fundaciones religiosas. Sor Mercedes cae enferma. Fue la Madre Teresa quien la condujo a la Obra junto con su hermana María. Ya entonces su salud era débil. Pero lo de hoy es terrible; Sor Mercedes parece enferma de tisis. Al dolor de verla consumirse poco a poco, día tras día, hora tras hora, se añade para la Madre Teresa el temor del contagio: las Hermanitas son todas jóvenes y en la pequeña y reducida habitación en que todas se juntan, ya no es posible continuar por

más tiempo. El calor es sofocante y hay una enferma entre ellas... Por dejar sitio para los Ancianos, las Hermanitas se han reducido a un espacio inverosímilmente pequeño...

Meses de preocupación honda, que se transforma en plegaria. Meses de aprendizaje, en los que el dolor sienta cátedra.

El 8 de marzo de 1874, muere Sor Mercedes. Tiene 27 años. En el lecho de muerte ha pronunciado la profesión religiosa. Es la primera Profesa de las Hermanitas.

\* \* \*

Dos mese más tarde, la Santa se encuentra en Zaragoza. Le han pedido insistentemente que abra una casa para acoger a los pobres ancianos abandonados y la Madre no ha sabido resistir a los impulsos de su corazón.

La primera visita que hace la Madre en la Ciudad del Ebro es a la Virgen del Pilar, en su histórico Santuario. Hace un año, exactamente, la Santa llegaba con sus Hijas a Valencia, y también en Valencia la primera visita es para la Virgen. Entonces la Madre Teresa colocó el Instituto bajo la tutela de la Señora de los Desamparados y la Virgen no ha cesado desde ese día de proteger a sus acogidas.

Zaragoza había preparado a las Hermanitas un recibimiento triunfal. La casa era discreta y ya estaban preparados tres ancianos para ingresar en el nuevo Asilo. Apenas comenzaron las Hermanitas la postulación por los mercados y domicilios, la caridad del noble pueblo aragonés hizo honor a la tradición cristiana, que lo hace famoso.

Con tan buenos comienzos, la Santa puede volver a Valencia tranquila sobre el porvenir de esta fundación.

\* \* \*

Un año tras otro se multiplican las Casas-Asilo a una velocidad impresionante. La Madre Teresa quería que se llamaran así, Casas-Asilo, no simplemente Asilos, porque el término le parecía demasiado frío y humillante. Casas-Asilo donde el anciano encuentre el calor de un hogar y el afecto de una Madre y unas Hermanitas que se entregan totalmente al servicio afectuoso del pobre que se llega a ellas.

Los ancianos desamparados son los dueños de las Casas-Asilo. Las Hermanitas son simplemente las siervas de los ancianos. Esta era la convicción y la enseñanza de la Santa, y su vida nos dice que todo su caminar fue orientado por la luz de este pensamiento.

Pobre y sacrificada para ella misma, quiso para sus ancianos no únicamente lo indispensable, sino hasta alguna cosita demás. ¿No llegó la Madre a hacer prodigios de habilidad para encontrar en los momentos de mayor estrechez económica un poco de dinero, conque comprar tabaco para un viejecito acostumbrado a fumar?. La Madre Teresa se apresurará a comentar, que para aquel pobrecito no se trataba de un capricho superfluo... .

No se puede considerar a los ancianos como soldados de leva. Cada uno es cada uno, con sus personales achaques, con sus propias necesidades, con su particular historia; siempre, sin embargo, historia de sacrificios, de lágrimas y de sufrimientos. Es, pues, necesario tener la inteligencia del pobre, como dice el Salmo, comprenderle y por ello, amarle con corazón de madre.

Así los ama ella. De día y de noche los ancianos son su preocupación, su dulcísimo tormento, los hijos de sus entrañas, sus “niños grandes” a los que quiere ganarles la confianza, para acercarlos más a Dios, y prepararlos a salir serenos al encuentro de la muerte.

Es esta la parte más santa y bella de la misión de la Hermanita.

“Cuidar los cuerpos para salvar las almas”, era la máxima constante en labios de la Santa, y como su gran fe le hacía ver en los ancianos pobres y abandonados, la figura de Cristo, toda su ambición era ayudarles a librarse de las escorias del pecado, a recuperar, si la habían perdido, la gracia, y con la gracia la dignidad de hijos de Dios.

¡Cuántas oraciones y sacrificios hasta obtener la conversión de algún corazón empedernido!. ¡Cuánta delicadeza para no entorpecer con los arrebatos de un celo intempestivo la acción de Dios en el alma!. ¡Cuántas noches de vela junto a la cabecera de los moribundos, para asistirles hasta el último instante y entregarlos, serenos y purificados, en las manos de Dios!.

\* \* \*

21 de noviembre de 1874. Toda Valencia se ha agolpado a las puertas de la Capilla Real donde tiene su altar la Virgen de los Desamparados. Es una multitud inquieta, nerviosa, parlanchina, a la espera ansiosa de algún espectáculo excepcional. De repente, un aplauso atronador rompe los aires. Es una salva incontenible. Parece que no va a acabar nunca... En el pórtico de la iglesia hacen su aparición las

Hermanitas en compañía de los ancianos. Han venido a los pies de la Virgen, para decirle adiós. No, no es que se vayan fuera de Valencia, a otra ciudad; pero sí que se alejan un tanto del regazo de la Virgen. Se van al otro lado del Turia, al viejo exconvento de Santa Mónica. Lo de plaza de la Almoyna no podía continuar. No había lugar para una persona más y, sin embargo, un día y otro, nuevos ancianos llamaban con temblorosa a las puertas de la Casa-Asilo. Era preciso responder que no había un solo sitio, que había que esperar a que muriese alguno de los de dentro. Y esto a la Madre le hacía trizas el corazón. Urgía poner remedio a aquella penosa situación.

Por otra parte las vocaciones aumentaban en una progresión jamás soñada. Nadie se lo sabía explicar. Todos estaban acordes en afirmar que la misión de las Hermanitas no tenía nada de atractivo y lisonjero para las jóvenes. Y sin embargo, jóvenes y más jóvenes solicitaban el consagrar su vida a la ayuda de los pobres ancianos por amor de Dios.

Se ve que Dios quería demostrar por este medio su complacencia y confianza en el nuevo Instituto.

Sí, pero mientras tanto, ¿dónde meter a las postulantes y novicias?. No quedaba otro remedio que instalar a las nuevas candidatas con las ya Hermanitas y a éstas y aquéllas siempre junto a los ancianos. Esta situación perjudicaba notablemente la tarea formativa del período de noviciado.

No cabía otra solución que buscar una casa más amplia. Oración y más oración. Y, luego, he aquí a la Madre Teresa que insiste hoy con este amigo, mañana con aquel bienhechor; al otro día con todos los que llevan clavada en el corazón la suerte de los ancianos. Todos corresponden a la iniciativa de la Madre con buenas palabras y con buenos deseos, pero hasta llegar al fin...

Y el fin llega. Se ha dado con la Casa: grande, aireada, con terrenos alrededor y con posibilidades de ser ampliada, si alguna vez hubiera necesidad de ello. Todos han contribuido para su adquisición: ricos y pobres; las ofertas de estos últimos son las que mayormente conmueven a la Madre y las que le inducen a un reconocimiento más profundo. Pero todos serán recordados en la oración ante el Señor. El reconocimiento y la gratitud son una de las características de la caridad de la Madre Teresa.

La Santa tenía un don especial para comunicar a los demás el fuego de la caridad. Dios había atizado una alta hoguera en el corazón de la Santa y ya no era posible hablar con la Madre Teresa sin que el incendio se propagara al pecho del interlocutor.

Si toda Valencia se ha congregado hoy allí, la “culpa” es de la Madre Teresa, aunque ella, recogida en su Dios, no acaba de darse cuenta de ello. La aristocracia valenciana había puesto a disposición de las Hermanitas y de sus ancianos las elegantes carrozas que pregonaban con su lujo el resplandor de las armas nobiliarias de sus dueños. Todos se disputaron el honor de ceder sus carrozas a las Esposas y a los miembros sufridos de Cristo. En cada una tomó asiento una Hermanita con dos o más ancianos. Cuando las gentes advirtieron que la última carroza de la comitiva era la del Sr. Cardenal y que sobre ella caminaba la Madre Teresa con el más enfermo de los ancianos –un viejo totalmente paralítico-, una emoción angustiada oprimió el corazón de toda la multitud y no se sabía si era el momento de llorar o el de aplaudir.

La Santa aparecía ajena y lejana de todo aquello. Su corazón repicaba a gloria, pero no por todo el clamor y los vítores que la circundaban, sino porque –como lo confesará con toda ingenuidad más tarde- en la nueva casa ya no se vería en la precisión dolorosa de negar la entrada a ningún ancianito que pidiera socorro.

De hecho, su primera preocupación en la nueva morada fue la de aumentar el número de sus ancianos. Subieron pronto a 40, luego a 60, después ... No se puede poner límite. En las obras de caridad hay siempre un “después” más hermoso que el anterior, un “después” que tiene todo el encanto de los “después” que preguntábamos de niño cuando la madre nos contaba alguna fábula ... Después los ancianos continuaron aumentando. Hoy son 420 y abierto queda el lugar para un “después” que cambiará pronto esta estadística. Pensemos 420 entre ancianos y ancianas: un verdadero paraíso de la ancianidad, que traducido en lenguaje cristiano, quiere decir un remanso de caridad.

\* \* \*

También el Noviciado halló en Santa Mónica la sistematización adecuada. Al menos por el momento. Tanto las novicias como las Profesas recibían de la Madre Teresa su impronta dulce y fuerte.

Prefería enseñar más con el ejemplo de su vida que con las palabras de sus labios.

Era parca en hablar. Precisamente por esto las frases que decía la Madre permanecían como grabadas a cincel en la mente y en el corazón de sus Hijas. Hoy todavía iluminan en todo momento el paso de las Hermanitas.

La madre fijó en cinco palabras la línea de conducta que se había de seguir a la hora de aceptar a los ancianos: “A más pobres, más bienhechores”. De aquí surge la incomprensible táctica económica de

las Hermanitas. Cuando el balance monetario marca un arriesgado déficit, no se piensa en poner remedio con la reducción del número de los ancianitos, sino que se hace todo lo posible para aumentarlo.

La Santa determinó también con palabras medidas la fisonomía interior que había de caracterizar a las Hermanitas: “Dios en el corazón, la eternidad en el pensamiento, el mundo bajo los pies”. Abultados manuales de ascética están compendiados en esta frase, y, por cierto, tal vez resulte de más utilidad práctica que aquellos.

Por lo que se refiere a las Aspirantes a la vida religiosa, la Santa no era partidaria del número. Todo lo contrario. “Prefiero ocho pilares fuerte a muchas cañas movedizas”, solía repetir a menudo. Si alguna vez se colaba entre los pilares alguna caña que se mueve a todos los vientos, la mano de la Madre se ungía de ternura, pero a la vez de inflexibilidad y no paraba hasta alejarla de la comunidad.

Las que permanecían en su primer propósito recibían de la Madre cuidado esmerado y continuo. Su ambición era que las Hermanitas correspondieran con absoluta fidelidad a la llamada de Dios.

Intensa vida eucarística, tierna devoción a la Virgen, fidelidad total a la Regla, sobrenatural caridad frente a la Regla, sobrenatural caridad fraterna entre las Hermanitas, cuidado asiduo y premuroso de los ancianos abandonados. Estos son los rasgos que diseñan la fisonomía espiritual de las Hermanitas. Ellas lo han aprendido en la vida ejemplar de la Madre.

\* \* \*

Para quien Dios ha llamado a la vida de Hermanita es hermoso pasar así toda la vida, como un ángel consolador entre los ancianos. La Santa hubiera gozado infinitamente con esta ocupación, pero el papel que le tocaba representar era otro. Porque no sólo los ancianos abandonados de Valencia, sino también los de toda España, tienen necesidad de una Casa-Asilo y de Hermanitas que se cuiden de ellos. Y a la Madre Teresa le señala el Señor este cometido, grande y trascendental, pero que le priva del consuelo de pasar la existencia como un ángel de caridad entre los ancianos.

Y la Madre comienza a recorrer caminos, ciudades y pueblos. Corre por toda la ancha geografía hispana y si queremos seguirla sobre el mapa en todas sus correrías, nos veremos sometidos a un subir y bajar continuo de Norte a Sur, a un cruzar la nación, de Valencia a Extremadura, para de nuevo desandar una y mil veces el mismo recorrido. Al cumplirse el primer decenio de la fundación del Instituto, las Casas-Asilo son ya 33. Diez años más tarde, han subido a 81, pasan cinco años más y cuando a la Santa le toca la hora de dar por cumplida su tarea en este mundo, las Casas-Asilo de las Hermanitas suman ya la cifra maravillosa de 103.

¡Cuántos sudores y fatigas costaron a la Madre estas fundaciones!. ¡Cuánto tuvo que viajar la Santa y con los medios de locomoción de la España de hace un siglo!. Cuando hay tren, en tren. Pero en aquellos hoy fabulosos trenes de vía estrecha, que amenazaban con salirse de las vías en cualquier momento. Si falta el tren, y esto sucede frecuentemente, entonces hay que echar mano de las carrozas, de los carros y de las cabalgaduras. Se comprende que el recorrido no se hace sobre carreteras de asfalto, sino sobre caminos polvorientos, la mayor parte de los cuales merecerían el calificativo de atajos. La Madre recorre la península y cuando todavía no ha tenido tiempo de meter nuevamente en su bolsillo el pañuelo casero con que se ha quitado el sudor del sol de Andalucía, tiene que luchar contra el frío y la ventiscas de los altos de Teruel.

Y no basta con fundar. Toda fundación acarrea consigo un cúmulo de preocupaciones y de responsabilidades y de fatigas y de contratiempos. No, no basta con fundar. Como no es suficiente hacer un hueco en el campo y meter una planta. Las Casas-Asilo tienen necesidad de la asistencia continua de la Madre. Ella las visita oficialmente cada tres años; pero de un modo extraoficial, no como Superiora General, sino como Madre y Madre amantísima, las visita siempre que puede. Todas las Hermanitas han sido recibidas en el Instituto por ella; bajo su mirada se han formado en la vida religiosa. Ahora, la obediencia las ha enviado dispersas por todos los puntos de la rosa de los vientos; pero, pese a la lejanía, todas las Hermanitas, vuelven la mirada hacia la Madre, a ella recurren cuando el dolor las visita y cuando el corazón repica de alegría. Y la Madre está presente en todas las partes: si no puede visitarlas personalmente, lo hará por carta -¡la otra gran fatiga de la Madre, su ingente correspondencia!- y siempre con su corazón, su solicitud, su plegaria.

En 1885, el Instituto cruza el Océano. Las Hermanitas han sido llamadas a Santiago de Cuba y a La Habana. Parten alegres y su gozo se multiplica con el rápido crecer del número de las Casas-Asilo. Por primera vez, las Hermanitas van a fundar sin la Madre. Gustosa les acompañaría, pero ya en este momento, no es sino una inválida.

El abuso de las propias fuerzas no queda sin castigo, y ella se ha dado sin conocer medida. Tiene apenas 42 años, pero su salud se resiente profundamente. Hace ya años que habría tenido que retirarse a una vida reposada, sin fatigas, sin malos tratos. Y la Madre Teresa, ha hecho precisamente todo lo contrario.

¿Qué importa si su vida se acaba? ¿si los dolores agudísimos le traspasan como un puñal, si apenas puede alimentarse?. Miles de ancianos han encontrado una mano que les ayude a subir el último peldaño de la existencia en este mundo y es una mano toda amor. Esto es lo único que cuenta. Le importa a la Madre no el vivir mucho sino el vivir con fidelidad, cumpliendo siempre la misión que Dios le ha confiado, y en el modo y manera por Dios querido.

\* \* \*

Sin embargo, no ha sonado todavía la hora de la partida. Es necesario que el Instituto, su Obra, se consolide firmemente. Ha recibido ya en 1876 el Decreto de alabanza de Roma. Es el primer paso hacia la aprobación definitiva. Y ésta llega en 1887.

Ahora la Madre sabe que la Santa Iglesia ha acogido bajo su tutela al Instituto, que lo considera útil, que lo aprueba y bendice: ya no hay nada que temer por él. Aunque ella llegue a faltar, otra Madre - ¡y qué Madre!- se cuidará de velar por la vida de su Obra.

Continúa trabajando. Continúa consumiéndose sin concederse una jornada de reposo. Continúa humilde, mansa, como siempre, ajena a las distinciones, negada a los privilegios.

Pobre en el vestido, pobre en la celda, pobre en todo a lo que a su persona se refiere, sigue como una más la vida en común. Su fidelidad a las Constituciones impresiona a las demás Hermanitas.

Se diría que, al par que declinan sus fuerzas físicas se transparentan más claras sus cualidades morales. Siempre ella, sin alterarse nunca, equilibrada, dueña de si misma, sobre todo fiel. Con orden, precisión, dignidad verdaderamente religiosa, mantiene con su mano el timón del Instituto. Intensifica, ahora más que nunca, su vida de oración, sus mortificaciones. Siente que va a tener que dejar su puesto y desea que las bendiciones divinas descendan a torrente sobre su Obra, para que la santidad de las Hermanitas se agigante de día en día y resulte de este modo más fructífero su difícil apostolado con los Ancianos.

\* \* \*

Por abril de 1896, se celebra el Capítulo General. La Santa, suplica a las Hermanitas que se dignen librarla del peso de Superiora General. Se niega su cuerpo a seguirle en los largos viajes. No puede intervenir regularmente a los actos de Comunidad. El bien del Instituto –insiste la Madre- exige que sea otra Hermanita la que presida su marcha. Pero esta vez, no hay quien haga caso de la voz de la Madre. Sus Hijas se niegan a plegarse a sus requerimientos. La Madre es ella y no otra.

La Santa no tiene más remedio que cargar nuevamente la cruz sobre sus flacos hombros. Lo hace por obedecer. Por eso su modo de actuar será como lo fue hasta ayer: sencillo. Las posturas ficticias, los misticismos, las caras de víctima, no le han gustado jamás. A una novicia que, en el arrebatado de un falso misticismo, decía a la Madre que quería ser santa y andaba por todas partes con la cabeza torcida, la Santa le respondió que sí, que obligación de todas las Hermanitas era ser santas; ¡pero, que ... aquella cabeza tan torcida ...!. La Madre cogió un alfiler, tomó entre sus manos la punta del velo de la novicia y se lo aseguró con el alfiler en la espalda de modo que no podía sino llevar bien alta la cabeza.

La Madre sacudía con una frase certera toda pereza disfrazada de piedad: “Fervorosas, sí, pero no de las que dejan el trabajo a las demás”.

Hasta el extremo de sus fuerzas, pero con una naturalidad bellísima y humilde, la Santa será siempre la virgen prudente, que mantiene solícita la llama de su lámpara en la espera del Esposo Divino.

En el verano pasa a Palencia para la inauguración del segundo Noviciado. Era el gran sueño de su corazón.

Calor, fatiga, emoción. El día de la inauguración la Madre tiene que quedarse en la cama, acabada y con fuertes dolores. Es su ofrenda por las novicias de mañana.

Mejoría, recaída, y de nuevo la misma monótona canción de mejorías y recaídas. Así dos meses. Por fin puede ponerse en camino hacia Valencia.

Durante el invierno parece mejorar un tanto la salud de la Madre. La primavera vuelve a encontrarla enferma de gravedad. Los médicos le aconsejan trasladarse a la Casa-Asilo de Masarrochos, en pleno campo. Otras veces le ha sido muy útil la estancia en este lugar. También esta vez mejora un tanto la Santa; pero por poco tiempo. Retornan la hemoptisis, los vómitos, la tos, los dolores de cabeza increíbles, el insomnio. Su aparato digestivo es una sola llaga. Los médicos hablan de tuberculosis intestinal, de un tumor. Tal vez los dos males ...

La Madre prevé que la meta está ya cercana. Permanece serena, en calma. Ha vivido como lo ha enseñado: con Dios en el corazón, la eternidad en el pensamiento, el mundo bajo los pies. Ha permanecido en el mundo, pero no ha sido del mundo. ¿Por qué va a turbarse ahora?.

Los médicos quieren hacer todavía un nuevo tentativo y piden que se traslade la Madre a la población de Liria. Creen que el clima le irá mejor. Ella deja hacer. Ha sabido mandar, pero también sabe obedecer, aunque no se le oculta que Liria será la última etapa. Muy probablemente le duele morir fuera de su Valencia, pero no dice nada. Sonríe y deja que los demás dispongan de ella ...

Ora mucho y por todos. Siempre ha sido mujer de oración.

En medio de la baránda de su ingente actividad, la Madre ha encontrado siempre la manera de mantenerse unida a Dios. Hoy no hace sino orar y estar con Él.

También en las Casas-Asilo se ora. Oran las Hijas que no se resignan a perder a la Madre. Oran sus ancianitos; profesan un culto filial a la Madre, se les llena la boca al llamarla con este nombre de Madre y lloran como niños al pensar que puede morir.

Más de 70 Superiores e infinidad de Hermanitas desfilan por Liria para recibir la última bendición y los postreros consejos de la Madre. Ella continúa dándose y consolando el dolor de sus Hijas. Olvidada de sí, quemada por el fuego, por un ardor que nada puede aplacar. El 12 de julio, el P. Francisco le lleva el Viático y dos semanas después asistido por Don Saturnino le administra el Sacramento de la Extrema Unción.

La moribunda sigue con atención el desarrollo del Sacro Rito. Su alma entona el Magníficat de agradecimiento a Dios. Luego, sus condiciones de enfermedad se hacen estacionarias. Pasa el tiempo y todos los que se han reunido junto a la cabecera de la moribunda se ven precisados a partir. Se acaban las visitas. Quedan unas pocas: su hermana María, la Madre Asistente, las enfermeras habituales.

Lentamente, como los cirios del altar, la Madre se acaba. Es un verdadero purgatorio en vida.

Con el pensamiento en las Hijas lejanas, y más aún, con la mente fija en todas las que en un futuro habrían de engrosar las filas del Instituto de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, la Santa dicta una última recomendación, resumen de su vida y de su enseñanza. “Cuiden con interés y esmero a los ancianos, ténganse mucha caridad y observen fielmente las Constituciones. En esto está nuestra santificación”.

Mensaje de caridad que sobrevive a la Santa y vivifica su Obra.

En el mes de agosto le llega de Roma la noticia de que las Constituciones del Instituto han sido aprobadas definitivamente: era el último sello a la Obra de su vida. Lloro de alegría y de reconocimiento y sus labios acompañan el canto del Te Deum. Había llegado el momento de pronunciar también ella el “Nunc dimittis” ...

\* \* \*

26 de agosto de 1897. Noche de insomnio. Repetidas veces expresa la enferma el deseo de recibir la Sagrada Comunión. La recibe a diario, pero ¿por qué tanta insistencia esta noche, si todavía no son las tres de la madrugada?.

A la primera claridad del alba, viene el sacerdote. Oye a la Santa en Confesión y sale luego en busca del Sacramento.

La Madre mira a su alrededor, sonrío a las Hermanitas presentes e inclina la cabeza ... para siempre.

¡Su sonrisa!. El último brillo de la lámpara que se consume sobre el altar. Le queda impreso en el rostro. Se diría que aquella sonrisa refleja el exterior el gozo de su comunión eterna.

Fuera, el día crece y un rayo de sol penetra en la cámara mortuoria. Es errado pensar en el ocaso. Hay que abrir las ventanas al alba del día sin fin. Esto de ahora no es el término, esto es el comienzo de la Vida.

\* \* \*

Llevada a hombros por sus Hijas como triunfadora de la muerte, se dirigirá a la Iglesia por última vez entre una masa de pueblo de todas las clases sociales, escoltada por filas interminables de Hermanitas, precedida por sus predilectos –su gloria y su corona- los ancianitos de las Casas-Asilo cercanas, venidos para llorar junto al cadáver de su Madre y Bienhechora. El féretro domina todo aquel mar de cabezas, y parece señalar el camino que conduce a la Iglesia, y por la Iglesia a Dios.

Ella ha recorrido este camino rápidamente: tenía 54 años y 7 meses. 103 Casas-Asilo con millares de ancianos y más de 1.000 Hermanitas forman su rica brazada de espigas para las trojes del Cielo.

\* \* \*

Descansó en Liria hasta el 1904, año en que fue trasladada solemnemente a la Casa-Madre de Valencia. Había recomendado que si en el Instituto llegaba a haber santas, no se gastase un céntimo en el afán de llevarlas a los altares; aquel dinero estaría mejor empleado en el socorro a los ancianos. Las Hermanitas obedecieron humildes y gozosas a este deseo de la Madre. Ellas sólo se preocuparon de prolongar su Obra, multiplicando las Casas-Asilo por toda España y por América del Sur.

La Providencia Divina sin embargo, tenía otros planes, un tanto diversos de los trazados por el deseo humilde de la Madre Teresa. Y prevalecieron, claro está, los proyectos de Dios. Dios quería que la santidad de la Madre Teresa de Jesús Jornet e Ibars fuera conocida en todo el universo.

Como para recuperar el tiempo perdido, los Procesos de Beatificación han mantenido un desarrollo rapidísimo, facilitado por los milagros. Iniciados en el 1945 se han clausurado en 1958 con la proclamación de la Beatitud de los Bienaventurados.

En el Cielo de la Iglesia brilla un nuevo astro. Sobre la tierra 215 Casas-Asilo para ancianos desamparados dibujan una estela luminosa.

## EPÍLOGO

### A los cien años de sus comienzos

El 27 de abril de 1958, en un triunfo de luces y cantos, la Madre Teresa de Jesús Jornet e Ibars, era proclamada Beata.

En el solemne rito que se desarrollaba según el ceremonial tradicional de la Iglesia, ante numerosos grupos de religiosos y religiosas y de pueblo devoto, llegado en gran número también de España y de las Américas, una nota nueva, singular, particularmente conmovedora la ofrecían esta vez las nutridas representaciones de los ancianos, hombres y mujeres, procedentes de las diversas casas del Instituto, palabra viviente del poema de caridad brotado de la nueva Beata.

¡Fiesta grande para sus hijas, las Hermanitas, que desde hacía años esperaban este día, y para los ancianos quienes, ellos también, se gloriaban de llamarse hijos de ella, y casi rejuvenecidos por tal acontecimiento se levantaban, como los hijos de la mujer fuerte de la Sagrada Escritura, para proclamarla Beata!.

Cuando la oleada de regocijo que desde Roma se había extendido a todas las Casas-Asilo donde, según la costumbre, se celebraron sagradas funciones en honor de la nueva Beata, se hubo aplacado, la vida, según la expresión de la Madre General, reanudó su ritmo “de humilde siembra en el laborioso zumbido de colmena”, pero íntimamente un fervor nuevo, un afán más intenso hacia la santidad, daba alas a las Hermanitas y, aún sin alejarse nunca de aquel espíritu de sencillez y humildad que la Beata les había inculcado, los años que siguieron fueron para ellas años de expansión y florecimiento.

La beatificación de la Fundadora había llamado la atención de prelados y autoridades civiles sobre su obra, de la cual se había comprendido mejor la utilidad social, es más, hasta la necesidad, y a consecuencia de ello afluían las peticiones de nuevas fundaciones.

Contribuyeron a acrecentarlas aún más los favores extraordinarios, las gracias de toda clase que se atribuían a la Beata. Ellos se hicieron tan numerosos que, desde el año siguiente a la beatificación indujeron las autoridades eclesiásticas a resumir la Causa, y le había de corresponder precisamente al Cardenal Cayetano Cicognani, como prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, la tarea de someter la petición al Santo Padre Juan XXIII y publicar el 25 de noviembre de 1959 el Decreto del nombramiento de la Comisión encargada de la reasunción de la Causa de Canonización. Era un rasgo delicado de la divina Providencia, la cual quería reservar al gran estimador de la Madre Jornet y Cardenal protector de su Congregación esta alegría, preparándole aquel triunfo que no acertaría a ver en la tierra.

El día 5 de febrero de 1962, mientras con intensidad de amor y trabajo atendía a la preparación del Concilio, el Señor llamaba de repente al siervo fiel y prudente.

Para la Iglesia y en particular para las Hermanitas fue un luto grande.

“Ha muerto (de mal) de corazón porque lo había hecho trabajar demasiado”, escribía un periódico, y las Hermanitas asentían: “Esta frase la repetimos nosotras, porque si hay alguno que pueda ufanarse de haber sido en verdad objeto de liberalidad de su corazón, es precisamente nuestra Congregación que tuvo la dicha de verse honrada con su protección amplia y sincera, para la que tuvo siempre atenciones paternas y dio constantes pruebas del amor que por ella sentía”. Nadie como las Hermanitas habían conocido la grandeza de “aquel corazón” –son palabras de ellas- en el cual se hallaba siempre un apoyo, que sabía escuchar afable y paciente y que irradiaba bondad y prudencia del todo particulares”. Después de los días radiantes de la beatificación que el Cardenal había vivido en estrecha comunión espiritual con las religiosas, compartiendo sus preparativos, sus emociones y profunda alegría, aquel fallecimiento que privaba al Instituto de su apoyo y de su acendrada ternura fraternal, fue para todas

como la muerte de un padre que sólo en la fe y en la oración podía encontrar consuelo. Perdían al Cardenal protector en la tierra, pero creían firmemente tener desde entonces un nuevo y eficaz intercesor en el cielo.

\* \* \*

Aquellos eran los años del Concilio y, aún ocupadas en su apostolado específico, las Hermanitas seguían, con asidua oración y vigilante atención el gigantesco esfuerzo de renovación que la Iglesia se había propuesto actuar con el Vaticano II.

Es fácil revivir a través de los Anales –la publicación que con mucha sencillez y sobriedad presenta año por año el cuadro de la vida del Instituto- la participación de las Hermanitas en el Concilio, una participación inteligente, seria, atenta, sumamente sobrenatural, que no se detiene en las apariencias, sino que profundiza en las substancias. “Aunque nosotras las Hermanitas no somos más que pequeña cosa –un nada-, sin embargo, dentro de la grandiosidad de la Iglesia y aún más en relación con el concilio Vaticano II que se está celebrando ... tenemos también nuestros sagrados deberes, que hemos de cumplir con absoluta fidelidad, ante todo la colaboración de la plegaria, individual y colectiva, para que el Espíritu Santo vierta en abundancia su gracia de luz y fortaleza en el Sumo Pontífice y en todos los Padres conciliares, y junto con la plegaria el sacrificio que la hace más grata a Dios y más eficaz y que nosotras tenemos tal vez más oportunidad que las demás de ofrecer sin medida, debido a nuestro tipo de caridad al servicio de la vejez desamparada, en la que se halla reunida toda clase de desventuras que se pueden padecer en este valle de miseria y de lágrimas: la pobreza, la enfermedad, el dolor, la tristeza, el abandono. Con ello no habremos hecho nada más que seguir la tradición que nuestra Santa Madre nos inculcaba para que con el alma y la vida nuestros sentimientos se amoldasen siempre a los dictámenes de la Iglesia, ella que había vivido en tiempos del Vaticano I”. El sentire cum Ecclesia había de quedar como una característica de sus hijas.

Cuál fuera en la práctica la actitud de las Hermanitas durante el Concilio se desprende de los que escribía don Joaquín Pelayo Toranzo, quien por cincuenta años había sido capellán de la Casa de Santander y colaborador asiduo en los Anales:

“Sin prisas o curiosidades malsanas, sin dejarse atraer por noticias sensacionales divulgadas cada día en el mundo a través de la prensa o la radio, como si cualquier palabra pronunciada en el aula del concilio expresase ya lo que el Concilio decía –lo cual no es lo mismo-, las Hermanitas, como buenas hijas de la Iglesia o que tales, por lo menos, se han limitado a esperar los documentos oficiales que el Papa promulgaba en forma de Constituciones, Declaraciones y Decretos, para recibirlos con reverencia filial y procurar actuarlos punto por punto con toda fidelidad”.

De esta línea de conducta, prudente y humilde, sugerida por un profundo espíritu de fe, las Hermanitas no se apartaron ni siquiera en el difícil período postconciliar, secundando las directrices de la Madre General quien en enero de 1966, al poco tiempo de cerrarse en concilio, escribía: “Ya entrados en la fase postconciliar y en espera de poder conocer y secundar con la mayor fidelidad todas las normas prácticas que nos irán dando las respectivas comisiones nombradas por el Papa y él mismo, sobre todo, por de pronto hemos visto ya el decreto pontificio Perfectae caritatis sobre la renovación de la vida religiosa, y fieles a ello confirmamos nuestro propósito y nuestra voluntad de observar fielmente nuestras Constituciones y especialmente nuestros votos, de modo particular los de pobreza y obediencia, legítimo orgullo heredado de nuestra Santa Madre Teresa.

Cuando la Iglesia del Vaticano II se definía “la Iglesia de los pobres” y cerrando sus sesiones dirigía un mensaje, luminoso de fe y esperanza, a los enfermos, a los pobres, a todos los que sufren, “vovotros todos que sentís más grave el peso de la cruz –decía-, los que sois pobres y desamparados, los que lloráis, los que de quienes nunca se habla, los desconocidos del dolor ...”. ¿Quién podía penetrar sus sentimientos, entender y hacer propias sus intenciones mejor que las Hermanitas, quienes precisamente a los más pobres y desamparados habían dedicado su vida, para ayudarlos –ellas pobres voluntarias- a valorizar las inagotables e inaccesibles riquezas de la fe, viviendo las bienaventuranzas proclamadas por Jesús?.

Las Hermanitas, pues, sintiéndose en plena armonía con la Iglesia, sin tener que alejarse en lo más mínimo del camino trazado y recorrido primordialmente por su Fundadora, venían preparando su Capítulo extraordinario con particular alegría y entusiasmo, conforme con las disposiciones impartidas a todos los Institutos religiosos.

Y Dios, siempre divinamente tan liberal, precisamente entonces escuchaba el ardiente voto de su piedad filial, casi para premiar su obediencia y confirmarlas en su propósito de fidelidad.

A los pocos meses de reanudarse la Causa de la Madre Fundadora, la Madre Mercedes escribía a las religiosas: “Los procesos siguen su curso, pero como la Iglesia es tan sabia y prudente en ellos, a nosotras nos corresponde esperar confiadas y pacientes sus decisiones y prestar la única colaboración

posible que en conclusión no en otra cosa consiste sino en tener cada vez más abnegación y caridad para con nuestros pobres, a fin de que Dios se digne, en sus inescrutables designios, de acortar nuestra espera”(4). Tres años más tarde volvía al mismo asunto. “Por lo que se refiere a la Causa de nuestra Beata Madre, aunque sigue dándonos buenas esperanzas, sin embargo se requieren milagros evidentes y notables, por esto, al entrar ahora en el último decenio anterior al centenario de nuestra Obra, debemos redoblar nuestra pobreza, nuestra abnegación, nuestra caridad entre nosotras y hacia nuestros pobrecitos, para que, cuando llegue aquella memorable fecha de 1973, y ya no falta mucho, las que fueren vivas tengan la inefable alegría de verla canonizada.

Parecía, sin embargo, que el Señor no quería escuchar aquel vivo deseo, porque como gracias ya se habían obtenido tantas, pero de milagros verdaderos, ninguno.

Y he aquí que lo que por tantos años se había esperado, se hizo realidad en poco más de dos meses, porque “en una hora Dios trabaja”.

Es la medianoche del 27 de junio de 1966. En el Hospital de caridad de Caravaca, donde prestan servicio las Hermanitas, se está operando de urgencia por hernia inguinal estrangulada a un enfermo, el señor Elías Elún Vives. Tiene sesenta y cinco años y desde hace unos veinte se lleva sin demasiada molestia aquella pequeña hernia, que ahora de repente se ha entumecido, haciéndole delirar de dolor. El enfermo está en la mesa operatoria del todo deshecho. Se le practica la anestesia y empieza la intervención.

Al liberar la hernia se descubre un largo trecho del intestino que al parecer está ya necrotizado. En vano se intenta vivificarlo, todo es inútil, y se decide por lo tanto efectuar la resección, previa anestesia general. El cirujano reanuda su tarea, mientras el anestesista controla minuto por minuto las condiciones del paciente. De improviso da la orden que todo se pare: el enfermo tiene un colapso. Hay que darse prisa y renunciar a la proyectada resección intestinal si no se quiere que quede muerto allí en la mesa. El cirujano se apresura a reponer el intestino, así como está, en el abdomen y cose el corte, mientras el anestesista, a fuerza de respiración artificial logra impedir a duras penas el colapso. La intervención se concluye así, melancólicamente; son casi las tres y media y todo el mundo está convencido que al paciente le queda muy poca vida.

No es caso de esconder la verdad a los parientes que esperan fuera del quirófano, llenos de congoja. “Está muy grave, sólo Dios ...”, murmura el cirujano a la hija del enfermo, y no acierta a pronunciar más palabras. Llamen al capellán que suministra la Extremaunción de los enfermos. Los hombres ya han acabado con su obra; ahora les corresponde a los santos, y la Madre Cristina, Superiora de las Hermanitas, le pone encima al moribundo una reliquia y una medalla de la Beata y pide a los familiares y a las Hermanas que recen frente al cuadro de la Madre Fundadora. La noche transcurre en oración. De vez en cuando el cirujano, o el anestesista, o los auxiliares telefonan para preguntar si el enfermo ha fallecido. “No –les contestan-, parece que duerme aún bajo el efecto de la anestesia”. Por fin, la mañana del día siguiente, se despierta y asegura que se siente “divinamente bien”. La convalecencia prosigue muy rápida, entre la admiración de los médicos que no vacilan en declarar: “Ésta es obra de Dios”.

En la misma época, poco más o menos, otra curación, humanamente inexplicable, ocurría en Liria, la ciudad donde la Beata había concluido su jornada terrenal.

El favorecido esta vez es un herrero de unos cincuenta años de edad, Manuel Torres Esteve. Desde hace veinte años sufre por una úlcera de estómago, que puede cuidar sólo muy de vez en cuando debido a su pesado trabajo. La mañana del 19 de mayo de 1966, día de la Ascensión, al beber un vaso de leche, advierte un dolor de estómago muy violento. Se llama al médico quien diagnostica una perforación gástrica y manda hospitalizar al enfermo en el acto. Lo llevan enseguida a Valencia, pero por dificultades burocráticas no se puede dar lugar a la intervención antes de las cinco de la tarde.

Se trata, en efecto, de una perforación gástrica, pero al abrirle el abdomen se descubre también la existencia de una zona endurecida y en relieve, de sospechosa naturaleza tumoral maligna. Se saca un fragmento de la parte enferma para someterlo al examen histológico y por de pronto se procede sólo al cierre de la perforación. A los pocos días dan de alta al enfermo pero éste decae de día en día y sus condiciones se ponen cada vez más precarias porque, según confirma el análisis, se trata realmente de un tumor que hay que intentar operar cuanto antes.

La tarde del 5 de julio Manuel Torres vuelve a ingresar en el hospital y la misma noche se le opera. Mientras está tendido en la camilla para ser introducido en el quirófano, un hermano suyo, Miguel, se quita del cuello la cadenita con la medalla y la reliquia de la Madre Teresa, obsequio de las Hermanitas de Liria, y la pone al cuello del enfermo. Ya durante la noche de la primera operación, Miguel había metido entre las sábanas una imagen de la Beata y en el intervalo de las dos operaciones, sin que Manuel se enterase, todos los familiares han pedido su curación por intercesión de la Beata y a ellos de han unido en la oración la Comunidad de Liria.

En efecto, se necesita un milagro porque el cirujano ha encontrado bajo los hierros un tumor gordo como una mandarina, con derrames en el páncreas y en los conductos biliares. Es imposible extirparlo. Hacen entrar en el quirófano al hermano de Manuel para que se dé cuenta que no hay nada que hacer y de prisa se procede al cierre de la herida. ¿Cuánto le queda por vivir?. ¡Bah! Los médicos se encogen de hombros y dicen que de quince días a cuatro meses a lo sumo, ni un día más.

Pero las Hermanitas ruegan a la Beata y los parientes de Manuel también rezan intensa y confiadamente. El enfermo se va sintiendo cada día mejor. Los médicos sacuden la cabeza: no hay que hacerse ilusiones, muy poco le queda por vivir. Pero él sigue mejorando.

El 12 de julio ya lo pueden dar de alta. Vuelve a Liria. Visita con devoción la Casa de las Hermanitas y, como hacen otros enfermos, también él pide que lo dejen acostarse en la cama donde ella ha muerto, mientras los familiares, arrodillados a su alrededor, rezan. Un mes más tarde Manuel ya ha reanudado su pesado trabajo de herrero y ... sigue todavía. Del tumor ya no queda indicio alguno.

\* \* \*

La noticia de estas dos curaciones y el comienzo de los procesos correspondientes fueron la gran alegría que alumbró los últimos meses de vida de la Madre Mercedes antes de su Nunc dimitis.

El 27 de julio de 1968, a mediodía, cuando el sol resplandecía más, su alma subía hacia lo alto par contemplar cara a cara el Sol divino.

La muerte la había sorprendido mientras “con fe viva y ardiente esperanza, sin sentir la fatiga y sin las prevenciones que se hubieran podido presentar fácilmente debido a su edad avanzada, a quien no hubiese tenido un alma tan grande como la suya”, preparaba el Capítulo General especial conforme con las disposiciones del decreto Perfectae Caritatis para la renovación de la vida religiosa.

Como sucesora de la Madre Mercedes fue llamada la Madre María de San Francisco de Borja Borraz, que ya había sido Secretaria General, Procuradora cerca de la Santa Sede y con anterioridad Superiora de la Casa de Roma, Secretaria de visita de la Madre Mercedes en su viaje a América, y en fin, pars magna en la labor preparatoria del Capítulo General especial. A ella y al nuevo Consejo les correspondía realizar las esperanzas concebidas para el centenario del Instituto: la canonización de la Madre Fundadora y la revisión y aplicación de las nuevas Constituciones.

Las dos curaciones ocurridas en 1966 ofrecían todos los caracteres del milagro, se podía, pues, esperar que la causa de la Beata llegaría felizmente al término deseado. Y para que la Iglesia se regocije, el Vicario de Cristo quede consolado, el mundo fortalecido en su fe, y las almas, sobre todo las almas juveniles sedientas de ideales, entiendan el valor y la belleza de la donación total de sí a Dios y a los hermanos más infelices, hoy, al finalizar el centenario del comienzo de la obra, Dios pone en el candelero a su humilde y grande hija, Teresa Jornet, para que vean sus obras buenas y glorifiquen al Padre que está en los cielos.

27 de enero de 1974.